

GUÁRDAME BAJO TIERRA



erein

biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: Diciembre de 2014

Título original: *Gorde nazazu lurpean*

Diseño e ilustración de cubierta: Juanba Berasategi

Maquetación: Erein

© De la traducción: F. Eguía Careaga

© Ramon Saizarbitoria

© EREIN. Donostia 2014

ISBN: 978-84-9746-937-1

D.L.: SS-1501/2014

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

GUÁRDAME BAJO TIERRA

RAMON SAIZARBITORIA

Traducción de F. Eguia Careaga

Este libro fue galardonado en 2001 con los premios:
Euskadi de Literatura, 111 Akademia y Nacional de la Crítica

erein



biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

LA GUERRA PERDIDA
DEL VIEJO GUDARI

A Iñaki Arriola

Cuando salió a la calle Igentea, no estaba seguro de saber la diferencia entre un «acta notarial de presencia» y un «acta notarial de referencia». Se palpó el bolsillo derecho de la chaqueta para comprobar que llevaba todos los documentos necesarios para solicitar la pensión, y se detuvo junto al soportal de la Casa Consistorial, en el borde mismo de la acera. El sol debía de estar muy alto ya, porque la arenisca del Gobierno Militar, en otro tiempo pintada de blanco, lucía un tono dorado. Tras palparse de nuevo el bolsillo de la chaqueta, dobló a la izquierda, balanceándose al andar, ostensiblemente escorado a la derecha, sobre la pierna coja. Ello era debido a que la prótesis –un palo de madera con un tope de goma en el extremo– era corta, igual que la única muleta que usaba, también de madera, porque así le resultaba más fácil subir las escaleras –y eran cinco los pisos que tenía que subir para llegar a casa–, aunque, a la vez, le dificultaba el descenso; pero considerando los pros y los contras, había preferido recurrir a una prótesis y una muleta cortas, para aliviar así la subida.

Caminó por el paseo de la muralla, buscando un banco libre entre los que se asoman al puerto. Era temporada de anchoa, la ideal para pasar el rato en el muelle, aunque, a esa hora, todo el pescado solía estar ya descargado. Tuvo la precaución de detenerse antes de llegar al primer banco, dejando pasar a los escolares que bajaban de Urgull, temeroso de que fueran a empujarle. Se apoyó contra la barandilla observán-
doles. A medida que se le acercaban, los chavales, que venían en una fila informal, corriendo y saltando cuesta abajo, demoraban el paso y se detenían a su altura, mirándole también ellos, curiosos, la vista fija en la pata de palo que le sobresalía de la pernera del pantalón, y, tras intercambiarse algún cuchicheo y algún que otro codazo, reanudaban su carrera, muralla abajo.

Una joven, que debía de ser su maestra, le sonrió, como pidiéndole excusas, y, sacudiendo los brazos, apremió a los rezagados a que siguieran adelante sin más demora.

Después de tantos años, aún no se había acostumbrado a la curiosidad que suscitaba su pierna de madera. Y, aunque pueda parecer paradójico, por eso precisamente no se había decidido, como le aconsejaban sus amigos, por una pierna ortopédica. Prefería exhibir francamente su deficiencia y soportar alguna mirada impertinente a pasarse la vida temiendo hacer el gesto que delatase que la pierna era postiza.

Miró su Omega de muñeca, tras comprobar la hora en el reloj de la iglesia de San Pedro. Al despertarse por la mañana, se había encontrado con que las manecillas estaban paradas en las cuatro y media, y no se movieron cuando le dio cuerda. Era la primera vez que se le paraba en cuarenta años, y le pareció que aquel hecho no presagiaba nada bueno.

«Lo que obligatoriamente necesita es el acta notarial», le había dicho la señorita del Ayuntamiento, y luego especificó: «Pero un acta notarial de referencia». No le quedó claro, sin embargo, si tenía que presentarse nuevamente ante el notario acompañado, como la vez anterior, de Elías Elorza y José Eguía como testigos.

Se sentó en un banco y, nada más hacerlo, sacó los documentos del bolsillo. Los miró de nuevo, uno a uno, y luego, tras alisarlos con el canto de la mano, los depositó sobre el banco. El formulario de solicitud que daba cuenta de los documentos necesarios lo decía muy claro: «Acta notarial de referencia». Pero juraría que la vez anterior no le dijeron que tuviera que ser «de referencia», y tampoco el notario le advirtió de la existencia de distintos tipos de acta, cuando compareció ante él, en compañía de Elías Elorza y José Eguía, para cumplir el estúpido trámite de contarle cómo le voló la pierna por los aires; un trámite verdaderamente absurdo, pues de haber sido falsa su historia no la hubiera convertido en cierta el hecho de contarla ante notario. De lo que no había duda era de que le habían quitado quince mil pesetas por contar la historia, que, por cierto, no se les permitió narrar con el suficiente detalle, dado que, cada vez que alguno de los otros, Elías Elorza sobre todo, quería añadir alguna explicación, el notario le cortaba diciendo: «Al grano, al grano». También tuvo que pagar un pico por el certificado y, a ese paso, mucho se temía que, para conseguir la pensión de mutilado de guerra, iba a tener que gastarse con creces la otra, la que le correspondía como oficial tornero.

En un momento dado, el notario, visiblemente inquieto, miró el reloj y le dijo, seco: «Cuéntelo usted mismo»; y a los otros dos, a José Eguía y a Elías Elorza, les aclaró, en mal tono,

que estaban allí únicamente para ratificar la declaración del solicitante. No era el notario un hombre agradable. José Eguía y Elías Elorza se cruzaron de brazos, como hacían los niños, en un tiempo al menos, cuando se les decía que había que estar en silencio y portarse bien. Parecía inútil aclararle a aquel hombre que, si de lo que se trataba era de explicar lo sucedido aquel 20 de abril, era preferible dejar hablar a Elías Elorza, porque ese día él también estaba con el batallón Martiartu en la falda del In-chorta, y porque las cosas siempre se ven con más serenidad, con más distancia, cuando no le han ocurrido a uno mismo, sobre todo si lo ocurrido es que la metralla acaba de rebanarle a uno la pierna. En cualquier caso, era cierto que todo cuanto los tres sabían se lo debían a Luis Amiano, pues, desde que los del batallón comenzaron a reunirse tras la guerra, le contaba lo del In-chorta a quien quisiera oírle; y también era verdad que, de tanto contar la historia en el Paco Bueno, lo hacía cada vez mejor. Nadie, desde luego, la contaba como él, con tanto matiz y riqueza de detalles. Pero Luis Amiano había fallecido; apenas dos días antes de lo del notario, precisamente.

Lo vieron por última vez en Obanos, cuando empeoró de la enfermedad que sufría y que no sabía exactamente cuál era; aunque algo de los pulmones, porque había sido siempre de poco fuelle. De hecho, su hija se lo había llevado a Obanos porque, siendo allí el clima más seco, respiraba mejor. Y hacía quince días que el hijo de la hija, o sea, el nieto de Amiano, les vino a buscar, a él y a Elorza, porque quería darles –eso dijo textualmente– el último adiós.

Apenas era ya capaz de articular palabra y, a pesar de todo, fue él, como siempre, quien más habló. Por su parte, le confesó la intención de solicitar la pensión, aunque para eso tendría que ir a Burgos por lo del reconocimiento médico. Se quedó más tranquilo después de decírselo, porque se habían jurado que nunca, ni a la fuerza, volverían a Burgos. Así se lo dijo: «Tendré que ir a Burgos», y Amiano simplemente le sonrió, sin decir nada.

Luego le contó que, como necesitaba dos testigos para el notario, había decidido llevarse a Eguía y a Elorza, porque, aparte

de este último, ya no quedaba nadie del batallón y, al fin y al cabo, aunque Eguía había combatido con los de las Juventudes Socialistas del UHP, estaba cerca de la zona en la que sucedieron los hechos: en Zabaleta, un par de kilómetros al sur de Elgueta. De todas formas, suponía que todo iría bien, porque estaban entrenando a Eguía para que se familiarizara con las cosas del batallón y porque, de tanto escuchársela a él en el Paco Bueno, todos se sabían la historia de memoria, hasta el más mínimo detalle. Por otro lado, a él le parecía que con un único testigo directo era suficiente, para qué dos, si al fin y al cabo su relato sería el mismo, y Elorza sí que era del batallón, y su honradez estaba fuera de toda duda, por lo que nadie podía poner en entredicho su versión de los hechos. Eso sí, tampoco nadie podría contar la historia tan bien como él, le dijo, y Amiano volvió a sonreír satisfecho. Se incorporó en la cama con mucho esfuerzo y comenzó el relato utilizando las mismas palabras de siempre. Pero le entró la fatiga y su hija le reprendió, como si fuera un niño, recordándole que debía permanecer tranquilo, sin hablar mucho, porque le iba a dar la tos.

Así fueron las cosas. Finalmente se separaron sin palabras de despedida. Sólo se dieron la mano; en realidad, apenas se tocaron la punta de los dedos, quizá porque les parecía que estrecharse la mano era como darse el pésame en un entierro. Eso debieron de pensar los dos, Amiano y él mismo.

Cuando, tras aquella despedida, que en realidad casi no lo fue, estaban a punto de irse, llegaron de visita unos amigos que Amiano había hecho en el pueblo. Les dijo que eran requequés. «Según éste», dijo señalando a uno del grupo, «si me hubiera cogido en el frente, me habría limpiado el forro». El hombre sonrió; no tenía dientes, pero, así y todo, la suya era

una sonrisa luminosa. Se llamaba Ismael. Ismael Jaurrieta Tirapu. Amiano les hizo saber que, a pesar de su pinta de forasteros, todos tenían apellidos vascos y que dos de ellos estaban justo al otro lado del frente, a la altura de Ascensio, aquel 20 de abril.

Los del pueblo, cuando supieron el apellido de Elorza, comentaron que había con ellos uno, en el requeté, que también se llamaba así: un pelotari de Azkoitia. Elorza les dijo, evasivamente, que en Azkoitia todo el mundo se apellidaba así, pero luego, mirando a Amiano, reconoció que era un primo suyo. «Pues éstos dicen que si me llegan a coger allí, frente a Ascensio, me liquidan», repitió Amiano, a lo que el hombre sin dientes contestó, sonriente: «Eso, seguro». Luego se quedaron en silencio, porque no tenían gran cosa que decirse y, sobre todo, porque a Amiano le dio un ataque de tos terrible. Entonces, la hija volvió a entrar en la habitación y les dijo que necesitaba descansar y que su hijo les llevaría de regreso.

Dudó si volver a dar la mano a Amiano, pero finalmente no lo hizo. Sólo se le ocurrió decir que ya volverían otro día. Cuando estaban en la puerta, Amiano se incorporó en la cama y dijo: «No te olvides de contarles que yo salí corriendo detrás del coche», y luego volvió a recostar la cabeza sobre la almohada.

Ya en el pasillo, abrazó a la hija, con una efusión que a él mismo le sorprendería luego. «Para rato nos ganan éstos si los alemanes no les apoyan desde el aire», murmuró, para ocultar la emoción.

Eso decían siempre, y decirlo les servía de consuelo: el castigo de la aviación fue duro; y grande, sin duda, la superioridad aérea del enemigo. Pero también sirvió de excusa para abandonar muchas trincheras y, en última instancia, para eximirles de la responsabilidad de la derrota, y a eso no se aludía.

Nunca había hablado con nadie de aquello y se arrepentía de no haber tratado más a fondo con Amiano sobre la guerra y la vida en general; de haberse quedado en la superficie de todo. No era fácil, de todas formas, saber cómo decirle las cosas a Amiano. Una vez que se le ocurrió contarle algo, una tontería que había leído en el libro de un periodista inglés —decía que a nadie se le había ocurrido obligar a la aviación enemiga a volar más alto, hasta que un día, en Bilbao, un extranjero se hizo con un fusil y empezó a disparar a los cazas hasta que se le puso el cañón al rojo vivo—, Amiano se enfadó tanto al oírlo que no le dirigió la palabra durante varios días. No permitía la mínima objeción que perturbase la imagen de valor y honradez que se había hecho de la participación de los suyos en la guerra.

El notario tampoco mostraba interés en conocer los detalles que rodeaban la historia y, por otro lado, nada más entrar en la notaría, cuando apenas habían comenzado el relato, se percataron de que los detalles que daba Amiano, y que sin duda constituían lo más interesante del relato, perdían todo su atractivo en boca de otro. Además, desde que, como decía él, le había dado «aquella pequeña embolia», bastante tenía Elorza con articular las palabras y, aunque el notario hizo como que no se daba cuenta, le salpicó saliva en la manga un par de veces.

En cuanto a Eguía, se le notaba en la cara su temor a que el notario se diera cuenta de que el Martiartu no era su batallón y que, en consecuencia, no pudo haber estado exactamente en el lugar de los hechos, aunque la zona de Zabaleta en la que se encontraba el suyo, el UHP de las Juventudes Socialistas Unificadas, tampoco quedara lejos.

Por eso, se alegró de que el notario insistiera en que declarara él mismo. Y empezó contando lo fundamental: que estaba

en la trinchera, a unos trescientos metros al este de Elgueta, mirando hacia el valle de Ubera, al prado del caserío Loxeta concretamente; y que, de repente, se sintió por los aires durante un lapso de tiempo terriblemente largo para estar suspendido en el aire, es decir, que tuvo plena conciencia de estar como colgado del cielo, y que creía haber sacudido los brazos; y que cuando, por fin, cayó al suelo, lo hizo boca arriba; y que la cabeza le daba muchas vueltas, pero no sentía nada de cintura para abajo.

Poco más pudo añadir, y los detalles que Amiano solía contar los omitió todos, entre otras cosas porque el notario le interrumpía continuamente para pedirle o, más exactamente, para instarle a que se ajustara a los hechos y a que prescindiera de aquellos detalles menores que, a los efectos de la declaración, no eran necesarios; y, claro, al final se le fueron las ganas de contar las cosas tal y como ocurrieron.

Y si su narración fue breve, mucho más escueta fue la transcripción que hizo el notario y que les leyó a la carrera, casi sin tomar aliento, uniendo el final de cada palabra con el inicio de la siguiente, como si tuviera una tremenda prisa por concluir la sesión y salir pitando. En realidad, todo lo que leyó el notario correspondía, básicamente, a lo que ellos habían declarado, pero era tan esquemático que lo mismo serviría para su caso que para cualquiera de los miles de soldados que debieron de resultar heridos en la guerra. Por si no fuera suficiente, muchas de las palabras que empleó eran poco comunes, de manera que no las reconoció como suyas, siendo así que la señorita del Ayuntamiento —si es que llegó a entenderla bien— había insistido mucho en que el acta debía recoger su propio relato de los hechos y la confirmación de los testigos.

A continuación del nombre, de los apellidos y del resto de los datos de filiación, el papel decía: *«Expone que el día 20 de abril de 1937, hallándose en el campo de trincheras de Elgueta, Guipúzcoa, unos trescientos metros al este de dicha localidad, formando parte del cuerpo de infantería del denominado batallón Martiartu, sufrió el impacto de metralla en su pierna derecha. Fue trasladado en primera instancia a un hospital de Durango, en Vizcaya, y, tras una primera cura, al hospital de Basurto, en Bilbao, donde le intervinieron. Como consecuencia del impacto sufrido, perdió la pierna derecha, dos o tres centímetros por debajo de la rodilla.*

*»Los también presentes, naturales y vecinos de San Sebastián –datos personales de Eguía y Elorza, números de Documento Nacional de Identidad y demás–, confirman la veracidad de lo relatado, en lo que respecta a la circunstancia en la que el declarante fue herido, por encontrarse junto a él en el momento de recibir el impacto».**

Cuando se atrevió a preguntar si pensaba que el acta recogía el suceso con suficiente detalle como para satisfacer las exigencias del Tribunal Militar, el notario le respondió que no se preocupara, que entendía su interés en relatar los hechos con el máximo detalle –y, al decirlo, se permitió sonreír excepcionalmente–, pero resultaba innecesario, podía creerle, e incluso perjudicial para la buena marcha del asunto. La retórica y la profusión de detalles, dijo, infundían sospechas, y no estaban allí para hacer literatura.

Así que no tuvo más remedio que dar el acta por buena, aunque, al margen de la brevedad, contuviera errores. Por citar uno:

* En castellano en el original, al igual que las expresiones que a partir de aquí aparezcan en cursiva en esa lengua. (N. del T.)

Amiano, Elorza y él —como Múgica, Elósegui y otros compañeros de San Sebastián— eran del Saseto, pero, tras el ataque a Ochandiano, donde perdieron a dos terceras partes del batallón, quedaron desperdigados y caminaron sin rumbo hasta que aparecieron en Urquiola, de donde, dirigiéndose al este, dieron finalmente con los del Martiartu y se unieron a ellos. La mayoría de los del Martiartu eran del Chorierri, es decir, del valle de Asúa en los límites del Gran Bilbao, y a ellos les llamaban *guipuchis*, lo que a Amiano no le hacía ninguna gracia, porque le parecía un término despectivo.

Fue la última oportunidad que le dieron al notario de insistir en que aquellos detalles eran innecesarios. «Detalles innecesarios», pensó, «perder a dos hombres de cada tres del Batallón, incluido el propio comandante Saseto», y, por puro despecho, ni tan siquiera se molestó en advertirle que se les había olvidado mencionar que el suceso tuvo lugar a las cuatro y media de la tarde.

Era, casualmente, la hora que marcaba en ese momento su reloj, puesto que las agujas seguían paradas en las cuatro y media, aunque, en realidad, eran las de la mañana; pero, obviamente, en la esfera de un reloj, es lo mismo.

Se lo llevó a la oreja y lo sacudió varias veces, para comprobar si se ponía nuevamente en marcha, pero fue en vano. Tuvo otra vez la impresión de que aquella coincidencia no presagiaba nada bueno, y sacudió la cabeza como para ahuyentar los malos augurios.

Era un día de otoño, uno de esos en los que el viento sur limpia el cielo de ceniza y viste la ciudad de intensos tonos dorados. Por el golpe de la ola, que levantaba nubes de espuma en puntas, era evidente que había mar de fondo, pero él podía adivinar

el estado de la mar, el viento y la marea simplemente por el color del agua. Sabía leer hasta el más mínimo matiz en la superficie de aquel mar y, aunque fuera el único que conocía, era en realidad como conocer todos los del mundo, ya que, según el tiempo que hiciera, podía parecerse a cualquiera de los siete mares.

Recordó el día en que, estando el cielo azul y la mar bella —tenía todavía las dos piernas musculosas y ágiles, y llevaba calzados unos zapatos de lona blanca—, se encontró en la calle Hernani con Quintana y Zaragüeta, dos amigos de la escuela. El día en que tomaron San Sebastián. Le dijeron que los requetés estaban a punto de entrar y que se iban al puerto, a buscar un barco que los llevara a Vizcaya. Sintió pena por la preocupación que le iba a causar a su madre, pero, sin pensárselo mucho, se fue con ellos.

Por suerte, antes de llegar al muelle, se encontraron con Aizpurua, que salía del Náutico. En la época era vecino suyo, del mismo portal, y habían ido juntos a la escuela. Ahí terminaban las afinidades, porque Aizpurua, sin ser un falangista radical, simpatizaba con ellos; en cuanto a su padre, era de la CEDA, pero a pesar de todo no se llevaban mal.

Aizpurua le preguntó que a dónde iban. Vestía una chaqueta azul y llevaba el cuello de la camisa blanca vuelto por encima. Fue Zaragüeta quien respondió por él. A Zaragüeta y a Quintana los matarían en Durango. «Nos vamos a la guerra.» Ésas fueron las palabras que utilizó Zaragüeta, mientras le cogía a él por el hombro y le empujaba hacia el puerto. Así es que echaron a andar y, cuando estaban ya en el primer muelle, volvió la cabeza y vio que Aizpurua seguía en las escaleras del Náutico, con las dos manos, salvo los pulgares, que le asomaban fuera,

metidas en los bolsillos de la chaqueta; era muy suya aquella postura, que le caracterizaría con el paso del tiempo. En las fotos del veraneo oficial solía aparecer muy firme, las manos en los bolsillos con los pulgares fuera, el vientre prominente, la cabeza echada hacia atrás, altivo. «Dile a mi madre que no iré a comer», le gritó. Y Aizpurua hizo que sí con la cabeza.

No era mal tipo Aizpurua; según se decía, había ayudado a mucha gente en la posguerra; pero él no volvió a saludarle hasta bastante después, hasta el día en que se presentó en casa para darle el pésame por la muerte de su madre. A partir de ahí, tampoco cabe decir que reanudaran sus relaciones. Muchas veces le comentaban que, con la posición que tenía en el Régimen, le podía echar una mano para conseguir una pensión o un trabajo más cómodo; pero él nunca le hubiera pedido un favor, ni por todo el oro del mundo.